

EL MUNDO AL REVÉS

José Luis Dicenta

Vivimos, desde hace años, en una Sociedad en riesgo de “desestructuración”. La prolongada crisis económica, con sus secuelas de paro, desalojos, desigualdad social y extensas manchas de pobreza, ha ido acompañada de una crisis social, en la que se han hecho presentes la injusticia, la sistemática violación de los Derechos Humanos, la exacerbación de los nacionalismos, la xenofobia. Al mismo tiempo, la ciudadanía ha ido perdiendo el respeto y la confianza en sus instituciones y sus autoridades y se ha ido poniendo de manifiesto la debilidad de los liderazgos. Sumemos a esto la aparición de un terrorismo sin fronteras, acicate de un anti-islamismo cada vez más evidente, y fácilmente llegaremos a la conclusión de que lo único que faltaba en este panorama era la aparición del Brexit en el Reino Unido y la elección de Donald Trump como Presidente de los Estados Unidos. El riesgo de “desestructuración” se convierte en un serio riesgo para los fundamentos de una Sociedad democrática.

Hace ya seis años, en el año 2011, William Robinson escribía que “la única solución real a la crisis del capitalismo global es una

redistribución masiva de la riqueza y del poder hacia la mayoría más desposeída de la humanidad” y añadía que “la única forma de que tal redistribución se produzca es a través de la lucha internacional de masas, desde abajo”. Estoy seguro de que esta música les suena a ustedes porque es la que ha servido de fondo a algunos movimientos políticos recientes en ambos lados del Atlántico. Se escucha en los círculos populistas y también en las versiones neofascistas del populismo, mucho más preocupantes. Ha llegado a los oídos franceses, italianos, españoles, germanos, británicos y también a los norteamericanos, brasileños, argentinos y de otros países. Es el “ellos” frente a “nosotros”, el catastrofismo, la deslegitimación de las élites y los expertos, el debilitamiento de los contrapesos del poder, el mesianismo.

En este marco general se pueden escuchar todo tipo de análisis y soluciones. Yo me voy a limitar a analizar lo que considero esencial en esta crisis: la reaparición de la ideología neoliberal, la ejecución de sus programas y objetivos y, en segundo término, las posibles formas de reacción ante esta situación. Galbraith advertía, hace ya tiempo, que “en el capitalismo el hombre explota al hombre y en el comunismo se da justo lo contrario”. Y no debiéramos tomar en broma esta advertencia.

En los últimos años ha sido muy perceptible el paulatino ascenso del pensamiento de extrema derecha, un pensamiento que no es realmente de derecha, porque desprecia el orden establecido, ni es tampoco fascismo puro, porque no propone un orden nuevo. Esta extrema derecha no es, pues, anti-sistema, ni en Europa ni en Estados Unidos, porque es más bien el Plan B autoritario del sistema neoliberal, un plan que se nutre, sobre todo, de la crisis de las amplias clases medias.

En efecto, el neoliberalismo se concibió para legitimar una desigualdad social extrema. Su padre fundador, Friedrich Hayek, anticipó ya en 1944 que “la justa distribución de la riqueza conduce a la destrucción del Estado de Derecho” (sic).

Y para Samuel Huntington, el funcionamiento de la Democracia requiere que los sectores populares no se organicen, que se mantengan en una actitud abúlica a fin de que pueda fomentarse e imponerse el Gobierno de las élites, el fuerte apoyo del Estado al sector privado o la represión y debilitamiento de los movimientos sindicales. Se asumen con hipocresía los principios y valores de la democracia liberal burguesa y se profanan los principios y valores de las fuerzas políticas de la izquierda del siglo xx. Es el mundo al revés, como diría Eduardo Galeano, un mundo en el que brillan la corrupción, la falta de escrúpulos y la insolidaridad, alimentándose la injusticia y la desigualdad. Un mundo en el que los poderes mediáticos y las grandes corporaciones desatan todos los días campañas de saturación para desfigurar u ocultar estas realidades.

Este proceso de derechización se llevó por delante primero al Comunismo y después ha hecho lo mismo con la Socialdemocracia. Y parecería que ahora va a tocarle el turno al Liberalismo, porque la derecha va abandonando el liberalismo ideológico (ya que no el económico) y va haciendo suya la agenda de trabajo de la extrema derecha (véase el triunfo en Francia de Fillon frente a la candidatura de Juppé). En España, pese a la Ley mordaza, la Reforma Laboral o la Ley Wert, que hablan por sí solas, la situación es distinta: ha habido una mayor resistencia porque la reacción frente a la crisis ha venido de la izquierda y no de la extrema derecha. Todos estos hechos no se producen de forma espontánea o incontrolada. Al contrario: todo estaba perfectamente previsto.

En efecto, cuando la Democracia empieza a crujir y se producen vías de agua alarmantes, se recurre a la Tecocracia, se incrementa el poder de los gobiernos en detrimento del de los Parlamentos y se mutila la Soberanía nacional y la autodeterminación. No se ha tratado, por ejemplo, con el mismo respeto al referéndum griego que al británico. Hechos graves, como que el

Secretario General de la OTAN se permitiera amenazar a Gran Bretaña en vísperas de su referéndum, afirmando que si votaban a favor del Brexit “estarían poniendo en peligro la paz y seguridad internacionales” (sic).

Todo está perfectamente previsto y calculado con el ánimo de conseguir una especie de teocracia capitalista, dirigida por una clase corporativa y minoritaria que controla a una enorme clase obrera asustada y empobrecida. La moderna globalización parece consistir en socialismo para los ricos y capitalismo para los más pobres, libertad para el capital y ataduras y limitaciones para el trabajo. Y así vamos viendo que alrededor nuestro, más que auténticas democracias, lo que van apareciendo son reales plutocracias.

Nos guste o no, lo queramos o no reconocer, el marco político democrático, construido en base a tantos esfuerzos y sacrificios a lo largo de muchos años, se está rompiendo y dejando paso en su lugar a confusos movimientos populistas. Es clara la gravedad de los problemas económicos y sociales. Pero mucho más claras son aun las amenazas de una posible guerra nuclear o la destrucción del medio ambiente y del propio planeta, posibilidades que conducirían inexorablemente a la extinción de la especie humana.

En este contexto brevemente esbozado aquí, aparecen casi simultáneamente, como por arte de encantamiento, el Brexit en Gran Bretaña y el Trumpix en los Estados Unidos. Dos formas de conservadurismo diferentes, obviamente, pero que se alimentan recíprocamente. Ambos producto de la crisis de la globalización. Ambos con acentos fuertemente nacionalistas. Ambos haciendo llamamientos a pasados de grandeza. Ambos intimidatorios y autoritarios. Ambos apoyados por similares estratos económicos y sociales.

Qué casualidad. Me pregunto si Estados Unidos y la Unión Europea no hubieran podido evitar el surgimiento de estos dos

fenómenos. Y me contesto a mí mismo que sí, que ambos tenían en sus manos la oportunidad y los recursos necesarios para impedir que la situación llegara adonde ha llegado y no hicieron lo suficiente para evitarlo. ¿Por desidia? No lo creo. ¿Por falta de visión? Tampoco es pensable. En ambos casos existían personalidades de preparación y peso cultural suficiente como para intuir lo que se nos venía encima si no se hacía algo. ¿Por sumisión a “poderes fácticos” en la sombra? Es muy posible. Pero en cualquier caso no hicieron lo necesario y ahora nos enfrentamos a una opinión pública desengañada, escéptica, difícil de entusiasmar, que desconfía profundamente de sus líderes y de las instituciones que se había dado.

Piensen muchos que esto no es correcto. Bueno: el caso de la Unión Europea es paradigmático. No supo resolver adecuadamente los graves problemas que plantearon la creación del Euro, la crisis griega o la crisis de los refugiados. No supo reformar a tiempo la mala imagen de sus instituciones, de su burocracia, ni el mal funcionamiento de las mismas. No supo plantarle cara de forma inteligente y solidaria a ninguna de sus crisis. Dejó que el egoísmo nacional, los intereses nacionales o partidistas se impusieran sobre el bien común de la ciudadanía europea.

Tampoco supo poner freno a los movimientos políticos de carácter fascista que iban extendiéndose por distintos países. Y de aquellos polvos, estos lodos. Siento decepcionar con este análisis a muchos que piensan que la política del presidente Obama en los últimos ocho años, que tantas esperanzas había suscitado, desvirtúa mis anteriores afirmaciones. Cada uno es libre de pensar lo que desee, pero yo creo que no podemos olvidar el daño que ocasionaron las políticas de “intervencionismo humanitario” de los Clinton y Obama, en países como Irak, Libia o Siria. Se olvida que el presidente Clinton encargó a Richard Perle, en 1996, la elaboración de un Informe en el que se defendían la invasión de Irak, el hundimiento económico de Irán y la desestabilización

de Siria, en colaboración con Turquía, para “estabilizar” Oriente Medio. Se olvida que, durante la presidencia de Obama, Estados Unidos bombardeó siete países y usó fuerzas especiales en 138 países. Se olvida también que en Siria se sigue matando por intereses mucho más materialistas que las simples discrepancias entre sunitas y chiitas. Se olvidan los ataques a la privacidad personal, encarnados por un Acta firmada por Obama, que autoriza la creación de un sistema de informantes corporativos que proporcionarán datos de sus clientes al Departamento de Seguridad Nacional, quien, a su vez, compartirá esta información con otras agencias federales. Se olvidan los ataques a los territorios indígenas en la región de Dakota, detenidos el pasado mes de diciembre no por el Gobierno, sino por la movilización de un grupo de dos mil veteranos de guerra de los Estados Unidos. Se olvida, en fin, que el proyecto político de Obama nunca desafió al orden socioeconómico imperante, sino que lo sostuvo para apoyar el proceso de globalización capitalista y el neoliberalismo. Obama llevó a cabo lo que se ha llamado la “revolución pasiva”, una revolución encaminada a desactivar las movilizaciones del descontento de las masas, que deseaban una transformación más profunda. Negoció la Asociación Transpacífica, la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversiones, el Acuerdo sobre el Comercio de Servicios, mientras las fuerzas neofascistas se extendían por toda la sociedad civil de los Estados Unidos, con síntomas tan alarmantes como el Tea Party y la legislación anti-inmigración (Ley de Arizona de 2010, que provocó leyes similares en otros Estados del país). Se olvida, olvidamos, que se impulsó la venta de armas —alcanzando una cifra record de ventas, próxima a los trescientos mil millones de dólares—, el incremento de los presupuestos militares, la agenda de guerra global, los rescates corporativos, la guerra de los drones, la guerra contra los denunciantes y filtradores de noticias vergonzantes, el espionaje nacional e internacional de la Agencia de Seguri-

dad Nacional. Es oportuno y necesario recordar estos y otros pequeños detalles del pasado para comprender por qué razón muchos consideran la agenda del *trumpismo* como una extensión del neoliberalismo por otros medios. En cierto modo, las semillas del neofascismo de este siglo pueden haber sido plantadas y regadas por la ceguera, la condescendencia o el servilismo de quienes han detentado el poder en Europa y los Estados Unidos, durante los últimos lustros.

En cualquier caso, y con esto termino, hay que hacer frente a un panorama difícil y complejo, ante el que, como diría Gramsci, mantengo el pesimismo de la razón y el optimismo de la voluntad. Un panorama que pretende “mantener” el *statu quo* ahogando a amplias mayorías, recortando o suprimiendo sus derechos y oportunidades, permitiendo escandalosos enriquecimientos de unas exiguas y ridículas minorías, cada vez más todopoderosas, que se resisten como gato panza arriba ante cualquier atisbo de cambio (véase, por ejemplo, lo ocurrido con Sanders en Estados Unidos, que fue marginado por la élite liberal, que se alineó tras la señora Clinton, fracasando esta vez en sus esfuerzos por lograr otra “revolución pasiva”), viendo impasiblemente cómo crece la indignación y la desesperación.

Y estamos donde estamos. Como diría Rafael Chirbes: “cuesta mucho trabajo mantener encendida la lucécita de la civilización”. Seguramente, si no somos felices es debido a que el ser humano no da mucho más de sí. En cualquier caso, parece claro que el dinero siempre vale más que las ideas, porque puede ponerlas a su servicio.